

Granada abierta

La memoria, entre otras cosas, es el mecanismo por el que lo ocurrido en el pasado llega a la actualidad y es a la vez la forma de conformar modelos de comportamiento o principios, según estos se hayan repetido más o menos veces en el pasado. De las facultades mentales es, normalmente, la menos valorada pero, por mucho que nos empeñemos, una buena capacidad intelectual no puede edificarse, ni funcionar, sin una buena memoria. De ahí el dicho, "me gusta pensar, pero no me acuerdo en qué hacerlo". Es además una gran arma para cambiar la realidad pasada, basta con fabricar nuevos recuerdos. La mayor parte de estos no son más que repetición de los contados por otros, por lo que se puede edificar un recuerdo erróneo, distorsionado, interesado, cuando pocos conocen la experiencia de forma directa.

Amaya se ha convertido en un nombre muy común en el País Vasco, como reafirmación del carácter étnico. Una novela del siglo XIX (Navarro Villoslada) situaba en la ciudad de Amaya la capital del los vascos y el símbolo de su resistencia. Las ruinas de la ciudad están en la provincia de Burgos y las fuentes documentales de la época (siglo VII) sitúan allí la capital de Cantabria. La discusión sobre el tema es imposible pues ahora la verdad se ha convertido, la ha convertido una memoria modificada, en una propuesta antivasca, que ayuda a justificar el rechazo hacia lo español. Qué Amaya no sea vasca es sencillamente una herejía, y punto.

Desde hace años se hacen experiencias en los mejores laboratorios del mundo en busca del funcionamiento de la memoria,

Obviedades no tan obvias

Pascual
Rivas
Carrera



que la extensión del alzheimer y otras enfermedades degenerativas, ha convertido en una necesidad.

Hay experiencias con resultados contrarios respecto a la memoria: recordar inconscientemente y olvidar conscientemente, además del bloqueo inconsciente, más o menos traumático, que propuso Freud. Ya hace muchos años, cincuenta, utilizaron

capacidades cerebrales "naturales" para enseñarme inglés, no filología inglesa, la lengua, en la misma forma que la utilizan los nativos, con palabras, frases hechas, etc., que utilizada de forma activa y pasiva. Esto es, las que se usan y las que sólo se reconocen, como en el propio idioma. Con el tiempo, la buena o mala memoria y las necesidades de la edad, cultura y circunstancias, hace que se transformen unas en otras, en un proceso que parece cualquier cosa menos obvia, pero que permite al emigrante, después de muchos años, reconocer o volver a usar su dialecto original.

Ahora se ha publicado que es posible bloquear los malos recuerdos e incluso las asociaciones de ideas negativas de forma voluntaria, a través de la inactividad de las áreas de la imagen y de las emociones, de la misma forma que se olvidan voluntariamente palabras concretas. En la memoria parece obvio que uno pueda aprender nuevas palabras y, por experiencia, a veces desagradable, sabemos que se pueden olvidar inconscientemente algunas palabras (los nombres de las personas que acabamos de encontrar en la calle!). Lo que no parece tan obvio, aunque sí gratificante,

es poder olvidar palabras y hacer desaparecer con ello molestas muletillas o el nombre de algo o alguien desagradable.

Hay por otro lado memorias que no sabemos que existen. A la memoria explícita que es la que nos hace recordar positivamente las cosas, se añade otra implícita, de experiencias ocurridas, pero olvidadas, pero activas inconscientemente. En una serie de experimentos publicados hace menos de un año se invitaba a una serie de personas a tomar decisiones a través de recuerdos explícitos y de experiencias que el sujeto no recordaba haber sufrido, algunas verdaderamente desconocidas y otras olvidadas, implícitas. Cuando se les invitaba a tomar decisiones sobre recuerdos explícitos eran válidas en su mayoría y correspondían con los recuerdos. Sin embargo cuando se les invitaba a emitir una opinión, no una decisión, los recuerdos explícitos e implícitos tenían un número de aciertos similares. En resumen hay memorias escondidas que nos ayudan a nos llevar a tomar decisiones acertadas o adecuadas a nuestra experiencia real, aunque olvidada.

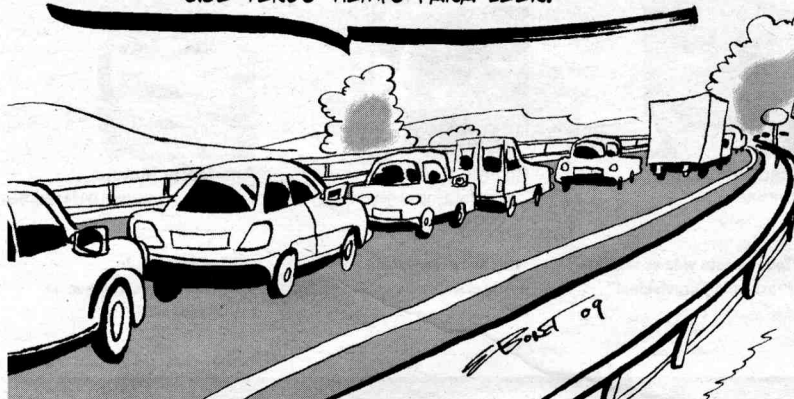
Dentro del funcionamiento inesperado de la memoria está el comportamiento con las lenguas en la infancia, incluso en la más temprana. Los niños que residen en un ambiente bilingüe desarrollan más capacidad para aprender cada una de las lenguas que los monolingües, pero además posteriormente obtienen mejores resultados en otros temas, como las matemáticas.

Hay veces que lo que se quiere ver como obvio por interés político o ideológico, no es más que un intento de retorcer la realidad que parece va por otro lado.

La corriente alterna

Enrique Bonet

TODO LO QUE SÉ EN ESTA VIDA LO HE APRENDIDO
EN LA CARRETERA: ES EL ÚNICO SITIO EN EL
QUE TENGO TIEMPO PARA LEER.



Obama, despierta

Matías
Vallés



La mayoría de gobernantes son elegidos para hacer las mismas cosas que sus predecesores, a lo sumo de distinta manera. Por definición de elección democrática, ningún votante pretende una revolución. También aquí constituye Obama la excepción a la regla. No fue aclamado para guiar la convalecencia de un país, ni siquiera su curación, sino un cambio de hábitos que dejara irrecorable a la sociedad que sucumbió al cuadro patológico. La orfebrería de sus discursos lo distinguirá para siempre de George Bush, pero no desató un seísmo planetario para inaugurar una era más prosódica. Cuando votan en nombre de todos los habitantes del mundo, los ciudadanos de América eligen al inquilino de la Casa

Blanca por sus ideales. Sin embargo, a continuación no perdonan el idealismo en el ejercicio del poder.

Los segundos cien días de Obama han sido más duros que los cien primeros. Su figura encoge a cotizaciones racionales, por debajo del cincuenta por ciento. Sus defensores a ultranza -del talento de Andrew Sullivan, el Republicano católico y homosexual que convirtió a su blog en un arma cargada de futuro al apoyar al actual presidente- recuerdan que el inquilino de la Casa Blanca libra una batalla a ocho años vista. El plazo concedido minimizaría las dilaciones, pero la escuela de Milton Friedman no le concede esa latitud. En la tiranía del status quo, el Nobel de Economía describe cómo un gobernante sólo dispone de seis meses, a partir del acceso al cargo, para poner en práctica sus innovaciones. Tras el periodo de gracia, cualquier propuesta será neutralizada por los altos funcionarios, que paralizarán al teóri-

co propietario del poder. Sin tanta erudición, basta repasar los capítulos de Sí, ministro y su secuela. Friedman basó su ensayo en un análisis de las trayectorias de Mitterrand, Margaret Thatcher o Ronald Reagan. Curiosamente, el tercero de los citados aparece como referencia en la autobiografía intelectual de Obama, por encima de Bill Clinton. En el calendario del controvertido economista, el actual presidente ha agotado su medio año de preeminencia. De hecho, lo clausuró con una rueda de prensa cuyo horario debió adaptarse a una entrevista con la estrella de un concurso televisivo. Para afirmar que la crisis económica está resuelta, se precisa un optimismo que no podría suscitar ni Obama en sus días de mayor gloria. Las energías alternativas deberán convivir con la nacionalización encubierta de General Motors y Chrysler. En sanidad, se salta de la prestidigitación al milagro de los panes y los peces. Más salud implicará menos

coste, un excelente mensaje para la sociedad más obesa y adictiva de la historia. Incluso la experiencia del predecesor de Obama concede verosimilitud al postulado sobre la victoria a medio plazo del status quo. La guerra de Irak no tiene nada que ver con el 11-S, como Estados Unidos aprenderá decenas de miles de muertos más tarde, pero ni Bush se hubiera atrevido a invadir Asia sin el 11-S. De hecho, la Casa Blanca no fue autónoma para bombardear las instalaciones nucleares de Irán, su último desvarío.

Obama descubrirá a su costa que no gobierna para proponer la visión correcta de un problema, sino para imponerla. No ha ocurrido así desde Honduras -un país tan insignificante que ni siquiera tiene petróleo- a Irán -con todo el petróleo del mundo-. Admitiendo que acertó en sus disparos letales a los tres piratas somalíes que amenazaban a un barco norteamericano, hay que sentirse muy cauteloso por Obama para concederle

progresos en Afganistán. A fin de medirlos, Washington propone una encuesta a los habitantes de ese país sobre el grado de corrupción y sobre la confianza que les inspiran las tropas afganas y de la OTAN. Sería burocráticamente más efectivo que la Administración norteamericana se limitara a leer el titular de la revista satírica The Onion, "Un afgano nervioso piensa que cada americano con una barba postiza trabaja para la CIA". Este fin de semana, el presidente americano celebra su primera gran victoria, la promoción de Sonia Sotomayor al Tribunal Supremo. Sin embargo, su candidatura ha sido desgastada por la prevalencia de los aspectos congénitos sobre los jurídicos. Obama debe despertar, porque su compromiso reposa únicamente en su palabra. O mejor, en su voz. O mejor, en su imagen. Por desgracia, este siglo devora imágenes a mayor velocidad que los funcionarios descritos por Friedman.